



“La realidad es que lo que expresamos, escribimos, es diez veces más tonto que lo que pensamos, pero sin embargo, como los grandes escritores, nos dejamos tomar por mucho más tontos de lo que somos, y cometemos el absurdo de decir algo, escribirlo, expresar una opinión, defender una orientación, pronunciarnos por una idea...”-

En las alturas. Tentativa de salvamento, absurdo. Thomas Bernhard (1989). _____

Hace algunos años, una persona me invitó a revisar las estanterías de la biblioteca de la casa de su madre recién fallecida. Tenía que vaciarla y los familiares no podían hacerse cargo de todos los volúmenes que la mujer había reunido a lo largo de toda su vida. Se había hecho una selección importante que se iba a donar a la biblioteca de un colegio y los ejemplares con cierto valor sentimental también habían sido apartados. A pesar de ello, todavía había infinidad de baldas con libros de Seix Barral, Anagrama, Alfaguara y hasta una colección de antiguas ediciones de Alianza. No podía rescatarlo todo. Había llevado una pequeña maleta de cabina con ruedas con la que pretendía dar la vuelta a mi casa, sin llamar demasiado la atención y sin tener que cargar directamente con el peso de los libros. Tenía que decidir muy bien que escogía. Seleccioné ediciones antiguas de obras de Ortega y Gasset y Pío Baroja; libros de ensayos de T.S. Eliot, Hermann Hesse y Proust; y una pequeña selección de obras de filosofía, que de otra manera nunca me habría atrevido a ojear, además de novelas más actuales que tenía la idea de leer en algún momento (Onetti, Phil Roth, Molina Foix...). A medida que revisaba los lomos de los libros, me iba dando cuenta del buen gusto que aquella mujer había tenido para seleccionar sus lecturas. Cortazar, Borges, Richard Ford, Carver y muchos otros tenían que quedarse por falta de espacio, pensaba que no me costaría mucho trabajo conseguirlos en otro momento en librerías y tiendas de segunda mano.



Cuando tenía la maleta casi llena, descubrí un grupo de siete libros que pertenecían al mismo autor, Thomas Bernhard, que yo no conocía. Estaban colocados juntos, cinco libritos de menos de ciento treinta páginas con unos títulos realmente escuetos (El origen, El sótano, El aliento, El frío y Un niño), un volumen con cuatro relatos (Amras, Ugenach, Jugar al watten y Andar) y un ejemplar que decía En las alturas. Tentativa de salvamento, absurdo. Abrí este último y leí el pasaje que he copiado en la introducción. No necesité investigar más. Los títulos eran extrañamente sugerentes y el aval de su antigua propietaria hicieron que esos siete tomos fueran los últimos que añadí a mi maleta. Comencé a leerlos pocos meses después, en verano, de viaje. El resultado no pudo ser más maravilloso. Descubrí un autor complejo, que usaba una sintaxis infinita, jugaba con la puntuación, sin divisiones en los párrafos y repetía una y otra vez las mismas palabras generando un ritmo tan extraño que la lectura, por momentos, resultaba hipnótica. Trataba los escenarios de manera especial, acusaba a las ciudades de perturbar la naturaleza de sus habitantes, encerraba a los personajes enfermos en torreones sin contacto con el mundo exterior y describía la felicidad que de joven sintió al abandonar el instituto y dirigirse, en la dirección opuesta, a trabajar en una tienda de comestibles situada en el sótano de un deprimido poblado de Salzburgo. Bernhard se convirtió en uno de mis autores preferidos, a los que vuelvo con cierta frecuencia, aunque su lectura sea recomendable en pequeñas dosis.